

# En la quietud del silencio

Mariana Bernárdez

El silencio viene de la otra orilla cargado de palabra verdadera, quizá por eso cuando irrumpen hace un espacio como la luz en su materia trazando la velocidad de su trayectoria; sea así el peso de su presencia intuida la reverberación del aire recogándose dentro de sí para alcanzar vuelo, o el sosiego que se concentra en la redondez de la gota resbalando por la superficie: agua cirinea hacia el Monte Sión.

La percusión de la gota atrapa entre sus redes la imagen del cielo reflejada en el charco, frontera entre el anverso y el reverso donde la mirada que se mira mirarse desconoce cuál profundidad habita, y mientras titubea, se balancea en su refracción, atiende la prédica del eco que en vano busca la correspondencia de su peso en oro. Escucha la mirada como mira el escucha, todo blanco, todo lejano, contención que cela y devela, que sujeta e incita, que enclaustra y acrecienta el verberar del silencio hacia la palabra.

Silente silencio reptando por las sílabas hasta que el rumor lo rasga, lo hiende, y se desvía hacia una pauta, tregua donde el círculo desnuda y transparenta el vínculo entre las letras, donde la palabra fecunda y la voz se amuralla, lazo que anuncia el advenimiento del enigma, antes del canto, antes de la quietud, antes, antes de la fragilidad del cristal, antes del temblor, inmovilidad que estalla en miles de fragmentos, en millones de granos de sal, miríadas de esquivarlas..., y el mar del desierto se extiende hasta reflejar el arcano que hay en su luminosidad.

Sorprendida la mirada en su impertinencia siente cómo las lenguas de fuego sellan el fondo del aliento y aprisionan su tañido; siente el latido cautivando la pureza de su materia y no aprehende la alquimia que habrá de transmutar el silencio en murmullo y la voz en palabra. Exaltada en su serenidad, mayor fascinación le produce la sangre

envolviendo el pacto entre el vacío y la memoria, río que blanquea la oscuridad donde habrá de aparecer la presencia que discurre dentro de sí, porque hasta el pensamiento del silencio sentenciado está a nacer por una herida.

Pesa en la mirada lo visto, pues el silencio no porta consigo la omisión de imágenes, incluso en su blancura, inevitable es la evocación de volutas iridiscentes que resucitan la espera; mientras la mirada se desdobra en esta dilación, se pierde en la finitud de aquello que habrá de sobrevivir su respiración: las piedras que habrán de yacer al pie de los cipreses elevando su verdor al *azraq* plomizo de las nubes; sabe con precisión, que una y otra vez, el polvo arrasará con las marcas que desafían la urdimbre del laberinto inscrito en el iris de sus manos, como también sabe, que una y otra vez, volverá a cifrar los signos hasta concentrar su movimiento en un punto, aquel donde se atarán los hilos de una espiral como evidencia de la puntual presencia del mundo en la serenidad de su perfil. Nudo.

La quietud del nudo anuncia las diversas geografías del silencio, topografía cuyo denominador común es su acción primaria: *esponsal* que compromete porque resguarda una promesa: la ofrenda de la palabra en su albor inaugural, ese momento donde arriesga una mayor caída al de la hoja de parra, ¿no es acaso en el vuelo donde se anuncia el desplome inevitable de los sueños?, por este hecho tan indecible, la palabra se oculta en los pliegues de su límite y el nacimiento se detiene en su alud colérico. Suspense y premura. Cuerpo de materia inmaculada que aguarda a ser despertado, mientras la dualidad se con / funde en el zozobrar de pausas y silabarios: fisión donde lo entrañable delinea su rostro.

La mirada intuye que el silencio no dibuja astillas ni otorga cifras, pero asedia y delata el dentro, sigue el trazo



Georgia O'Keeffe, *Special no. 12*, 1917



Georgia O'Keeffe, *Obra temprana no. 2*, 1915



Georgia O'Keeffe, *Dibujo no. 8*, 1915

de los hilos iridiscentes acariciando el olivo de los árboles, esa cascada prístina de transparencia testimonio de la gracia que consuela, y en el mostrar enseña la arquitectura magistral de las esferas celestes, y en el ocultar, las sendas que habrán de guiar al fondo antiguo que se es: suave rumor de las dunas en su ondular.

Ultra-blanca luz de lo visto. No se descifra el acetijo pues si la mirada se abriga al punto de falsearse, y la brillantez es el espacio donde se sigue el rastro de una presencia ausente, entonces cómo saber con certeza aquello visto, ¿será una pizarra donde se dibujará la impronta de lo vivido? El silencio tiembla instaurando su reinado, y el latido de la palabra atruena, cómo dirimir la falsedad de la verdad, cuando lo inminente no es el trastabilleo de la razón sino la urgencia de que la imagen apresada en el dentro de los ojos se transmute y cobre altura en los labios, porque hay un riesgo mayor que la mirada desconoce y es alcanzar el delirio por no haber logrado palabra, aunque otra cosa será luego el delirar entre las palabras.

En la detención, la mirada aprende cómo la palabra a r rmete contra su forma, la contraviene, la rompe para escaparse, y aprende que lo indecible no tiene equivalencia en lo que se acalla, ni es el eje de la balanza que se erige pendón de aquel que ha logrado dominarse hasta la mudez, lo indecible no es in / callable, in / mutable ni in / expresable, es in / decible en tanto que encarna lo decible, y en tanto encarnado, silencio que signa no la negación ni la imposibilidad, sino lo que las palabras en la resistencia de su límite no habrán de transgredir, de hacerlo herirían de muerte al lenguaje.

Es en la tensión donde la mirada descubre la complicidad entre los opuestos que juegan a la cara y cruz, revisitando cada uno, las características del otro, privación de sí para afirmar la sinuosidad de la unidad, negación mas no destrucción, y en dicha negatividad tocar la orla de sentido que muestra lo indemostrable, el paroxismo de la in / cordura, el levante de un nocturno que roza los labios para irrumpir en la duermevela susurrando que es posible rescatar lo que se dejó ante la urgencia de la huida, y sólo por un instante, saber que alguna vez fue capaz de entender el lenguaje de los pájaros, quizá de ahí tanto re voloteo, quizá también esa vastedad que no se colma o la necesidad que lleva a esquivar la prontitud de la sílaba.

La mirada cierra su mirilla, cansada de tanto discurrir acierta a ese único movimiento que la llevará a reconstruir insistentemente la completitud rota, tratará de hilvanar a su modo los pedazos sabiendo de antemano la inutilidad de tan puntilloso quehacer, pero su deambular será capaz de delinear un camino que dejará a un lado la cuestión de si la visión antecede al silencio, o si el silencio es el escenario de la palabra, más aún si el espacio que yace entre la palabra y el silencio es el lugar donde se ensancha el horizonte de lo develado y abierta la brecha inevitable es que los trinos echan a andar. **U**